



HISTORIA

FORMACIÓN DE LA NACIÓN CUBANA DURANTE EL SIGLO XIX. DIFERENCIAS Y AFINIDADES CON LAS INDEPENDENCIAS AMERICANAS

**Dr. Antonio Álvarez Pitaluga,
M. Sc. Luis Antonio Acosta Betegón y
M. Sc. José Álvaro**

Departamento de Historia,
Centro Regional Universitario de San Miguelito,
Universidad de Panamá,
Tels. 523-7703 / 7704 / 7705.

RESUMEN

El artículo pretende explicar cómo y por qué la formación de la nacionalidad y nación en la mayor isla del Caribe ocurrió de manera contrapuesta a la mayoría de los países de América Latina. La etapa escogida va desde el surgimiento de la plantación esclavista en Cuba, pasando por las independencias latinoamericanas hasta el final de la formación de los Estados nacionales en el continente, 1790-1870. A través de los principales aspectos y hechos que explican el fenómeno mencionado, se ofrecen algunas claves interpretativas para conocer no solo las diferencias, sino también las afinidades entre el proceso cubano y el latinoamericano.

PALABRAS CLAVES

Independencia, nacionalidad, nación, cubanidad, transculturación, formación.

A contrapelo de muchos países de Europa y América Latina, en la Isla de Cuba la nación se configuró durante una singular evolución histórica en la cual la nacionalidad -y por ende la aparición del cubano- nacieron primero que el Estado. Paradójicamente, en la mayoría de los países de América Latina la nación

antecedió a los ciudadanos. A mediados del siglo XIX se produjo la unificación de Italia (1861) y un político de aquel recién fundado país, Camillo Benso, conde de Cavour, expresó una frase que resumía la formación itálica, “Ya tenemos Italia, ahora necesitamos italianos”. En Cuba ocurrió lo inverso. La cubanidad como expresión de la nacionalidad devino primero que la nación.

Comparado con procesos análogos en Centroamérica y buena parte del resto de la América Latina de entonces, el caso cubano dibuja una paradoja histórica que es sugerente conocer y valorar para comprender mejor aún las historias regionales del continente. Un análisis comparativo de este fenómeno puede contribuir a una mayor comprensión de la historia continental desde lo nacional y la región. A través de él podremos entender también los caminos paralelos que tomó la Isla para su construcción nacional desde finales del siglo XVIII y durante el XIX; por último, apreciar sus afinidades con la identidad latinoamericana a la par que las diferencias que dieron en su conjunto paso a los actuales Estados nacionales del continente (1830-1870).

Cuba fuera de las independencias americanas.

Los finales del siglo XVIII y la primera parte del XIX en América Latina tuvieron como una de sus características comunes los procesos independentistas de los virreinos y capitanías generales creados por la metrópoli española a lo largo de la colonización. Buena parte del resto de los acontecimientos históricos de esos años giraron en torno a este relevante suceso.¹ En igual línea del tiempo, en Cuba apenas se escucharon disparos de los combates liberadores de Costa Firme. El decurso histórico del archipiélago fue por otros rumbos. El surgimiento y auge del sistema de plantación esclavista a partir del interés de las clases poderosas hizo girar en derredor del propio sistema las dinámicas sociohistóricas de la Isla. La plantación reformuló la economía y la sociedad de la isla entre 1790 y 1886. Si fuera posible pensar en una metáfora descriptora del hecho, diría que la plantación fue como un huracán cuyo centro hizo rotar en torno a sí mismo la vida insular formando un remolino autónomo frente a las tormentas continentales.

Convencionalmente la historiografía cubana toma el año que inaugura la última década del siglo XVIII como inicio de la plantación ya que fue el instante

¹ La reciente obra del historiador latinoamericanista, Sergio Guerra Vilaboy, así bien lo confirma y explica, *Nueva historia mínima de América Latina. Biografía de un continente*. República Dominicana, Archivo General de la Nación, 2015.

histórico en que la naciente burguesía esclavista cubana incentivó a las autoridades peninsulares para que le otorgase vía libre en la introducción de este modelo económico. El documento *Discurso de la agricultura en La Habana y medios de fomentarla* fue la más emblemática y profunda exposición de los propósitos económicos de esa burguesía en formación.²

Junto a su condición y esencia económica, la plantación esclavista también fue un complejo fenómeno cultural. Las ricas mezclas religiosas, raciales, artística-literarias y de otros tipos generadas entre 1790 y 1886 delinearón una acelerada mixtura nacional que dio paso al surgimiento del cubano antes de iniciar el proceso independentista de la Isla en 1868. Una vez comenzado éste, la nacionalidad se consolidó definitivamente.

El siglo XIX, tan vital en las formaciones nacionales de los países latinoamericanos, representó para la Isla caribeña su primera eclosión cultural a nivel continental, pero no solo en los planos artístico y literario, sino además en sus entramados económicos y sociopolíticos. El decimonónico estilizó la singularidad insular dentro del concierto internacional. Desde finales del siglo XVIII la isla dio sus primeros pasos hacia una introducción y posterior inserción en el mercado mundial a partir del sistema de plantación esclavista azucarera. La plantación tuvo la particularidad de ser articulada por una naciente burguesía esclavista del occidente cubano, y no por la metrópoli española como fue usual en otras latitudes del continente. Sus características y consecuencias incidieron notablemente en la creación de la nacionalidad y la nación cubanas.

Al igual que los otros dos grandes productores plantacionistas de América, Estados Unidos y Brasil, Cuba engendró su proceso de transculturación que configuró —uniendo y desunido a un mismo tiempo— las estructuras culturales y cotidianas de la nación. La plantación isleña tuvo su mayor intensidad y expansión geográfica en la región occidental, entre las actuales provincias de La Habana y Villa Clara. Sin embargo, en las regiones centrales y orientales sus influjos fueron diferentes. El distanciamiento de ambas regiones de los mercados internacionales, más otras realidades sociales, geográficas y corte demográfico, fueron condicionando durante el siglo una actitud y tradición de rechazo mayor hacia tal desigualdad, que se expresó en más de una ocasión con la asunción inicial de tres guerras independentistas (1868, 1879, 1895).

² Arango y Parreño, Francisco de. "Discurso de la agricultura en La Habana y medios de fomentarla" En: Hortensia Pichardo. *Documentos para la historia de Cuba*. La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1984, tomo I.

En Cuba se necesitaron grandes cantidades de esclavos para producir de manera intensiva azúcar de caña para el mercado mundial. Desde fines de la década de 1820 y hasta los inicios de 1840 fue la primera productora del planeta de ese rubro, llegando a alcanzar alrededor del 65 % de las exportaciones mundiales.³ Como consecuencia de ello, entre los años 1790 y 1873 fueron arrancados forzosamente de su tierra cerca de un millón de africanos en condición de esclavos. Esta inmigración forzada alteró radicalmente los ritmos y comportamientos demográficos de la población cubana y dejó huellas que hasta el presente son muy visibles, desde modos de pensar, conducirse, vestir y comer, hasta ciertas maneras de hablar y gesticular junto a un fuerte mestizaje racial; además de una manera de interpretar el conjunto de la realidad social. La sociedad y la cultura cubanas han evolucionado hasta el presente bajos tales signos.

A partir de ese contexto histórico, el amalgamiento racial, religioso y sociocultural —en sus disímiles expresiones— se convirtió en el sello distintivo de la Cuba decimonónica con profusas extensiones hasta el siglo XXI. Uno de los resultados más asentados de aquella mixtura entre el africano, el español y en menos medida el aborígen, fue la fusión de razas y culturas, que dio como resultado un sujeto social entre el blanco y el negro, el mulato. Tal amalgama no solo fue la simple unión de pieles, sino además la combinación de maneras de pensar y ver a Cuba como país y como nación.

Ese tipo de sujeto sociocultural, o sea, el mulato cubano, tuvo una singular presencia en Centroamérica durante la segunda mitad del siglo XX. Concluida la primera insurrección por la independencia cubana en 1878, decenas de emigrantes isleños de esta naturaleza residieron temporal o definitivamente en los países de la región. En Honduras ocuparon cargos públicos en los años ochenta y noventa hombres como José Maceo y Eusebio Hernández, por tan solo citar dos. En Costa Rica vivió por cuatro años (1891-1895) el más renombrado de todos: Antonio Maceo, quien llegó a ser el segundo jefe del ejército anticolonial, amigo personal de políticos y estadistas centroamericanos y un importante héroe popular en Cuba.⁴ En las labores del futuro Canal de Panamá en la década

³ Todavía continúa siendo una referencia imprescindible por sus análisis sobre el mundo socioeconómico de la plantación esclavista en Cuba la obra de Manuel Moreno Friginals. *El ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, 3 t. Al respecto de las exportaciones azucareras cubanas a lo largo del siglo, véase en el tomo tres el cuadro estadístico VII, pp. 67-92, y sobre la dependencia con el mercado de Estados Unidos, el gráfico V-a, pp. 78-81.

⁴ A propósito de Maceo en Costa Rica, véase, *Costa Rica en Antonio Maceo* (colectivo de autores). Costa Rica, San José, editorial Arlequín, 2016.

del ochenta, bajo la dirección francesa de Ferdinand de Lesseps, también participaron cubanos independentistas como el propio general Antonio Maceo y Máximo Gómez, quien llegó a ser capataz en aquellas obras y, años más tarde, General en jefe del Ejército Libertador de Cuba.

Retornando al auge azucarero isleño de la primera mitad de siglo, veremos que éste coincidió más o menos con el ciclo independentista latinoamericano; el primero podemos ubicarlo en líneas generales entre 1810 y 1841 (con un esplendor entre 1818-1840), mientras que el segundo inició sus acciones alrededor de 1808 y las finalizó formalmente sobre 1826 dando paso posteriormente a la formación de los Estados nacionales entre 1830 y 1870. He aquí la primera razón para conocer por qué la Isla no se suma al proceso continental, es decir, el boom económico que vivió al comenzar las rebeliones independentistas no llegó a favorecer una entrada en los conflictos militares y políticos que éstas generaron. El conjunto de los factores que abortaron la participación cubana pueden ser mencionados así:

1. El fuerte crecimiento económico señalado y sus altas ganancias monetarias desestimularon cualquier tipo de incorporación de los productores azucareros y otros grupos sociales asociados al azúcar a la confrontación continental contra la metrópoli española. Recordemos que entre 1818 y 1840 se produjo el esplendor de dicho incremento.
2. Uno de los motivos por los cuales los virreinos, capitanías generales, provincias, regiones y otras dependencias administrativas de creación española en América Latina se lanzaron a la emancipación armada fue la desigual relación mercantil y de exportaciones que tuvieron con España hasta ese momento, pero Cuba no practicaba tal manera de intercambio económico con la metrópoli. Su mayor modelo de relación económica con la península fue de carácter tributario. Cerca del 80 % de sus exportaciones y el 40 % de sus importaciones eran con los Estados Unidos. Con las altas ganancias monetarias obtenidas se pagaba a España los tributos y otros tipos de liquidaciones; por lo que los impactos y costos que tenía Latinoamérica por su desajustado comercio con España incidía de modo distinto en la realidad socioeconómica de la Isla.
3. Lo anterior conllevó que los lazos de subordinación entre la metrópoli y su colonia caribeña tuviera un matiz más político que económico, situación opuesta en los otros territorios americanos.

4. A través de diversos y cíclicos pactos coloniales entre las clases dominantes de Cuba y las cortes españolas, desarrollados a lo largo de los siglos XVIII y XIX, los hacendados azucareros obtuvieron oportunamente de España varios tipos de reformas y prebendas sociales y económicas que constituyeron otro factor desmotivante para la incorporación al ciclo anticolonial latinoamericano. Muchos de los reclamos que los sectores de las élites del continente le exigieron hasta el cansancio a la metrópoli y que finalmente anhelaron por la vía armada, se le concedieron a la Isla a través de pactos y negociaciones reformistas. El ideólogo de la reformas ilustradas cubanas, Francisco de Arango, llegó a ser Consejero de Indias del rey Fernando VII en 1814, por lo que los empeños reformistas del grupo de poder que representaba llegaron directamente a los oídos del monarca y muchas veces fueron otorgados.⁵
5. Lo anterior generó que a su vez las distintas conspiraciones independentistas producidas en la Isla entre 1811 y 1826 y sus vínculos con figuras directoras de la independencia como los venezolanos Antonio Páez y Simón Bolívar, fueran desarticuladas minuciosamente por parte de la sacarocracia azucarera en estrecha unión con las autoridades españolas de la colonia⁶, como “Rayos y soles de Bolívar” y “El águila negra”.
6. Por último, la condición geográfica de Isla rodeada de agua dificultó el traslado y suministro de tropas y logística liberadoras procedentes de los ejércitos latinoamericanos. La usencia de fronteras terrestres se comportó como un factor adverso para la expansión liberadora en la Isla.

Capitalismos inconexos desde las independencias: una reflexión necesaria.

Las emancipaciones latinoamericanas se sincronizaron en no poca medida con los ciclos internacionales de las revoluciones burguesas, fecundadores del capitalismo industrial. Por tanto, la emancipación de América Latina formó parte

⁵ Francisco de Arango y Parreño (1765-1837). En 1803 recibió la condición de Ministro Honorario del Consejo de Indias; en 1811, Ministro propietario del mismo Consejo; en julio de 1814, Diputado permanente de la Sociedad Económica de Madrid; Gran Cruz de la Real Orden americana de Isabel la Católica en 1825. Para conocer a profundidad el quehacer de Arango y Parreño es recomendable la obra del historiador cubano Arturo Sorhegui D' Mares.

⁶ La novela cubana *Frasquito* (1894), de José de Armas y Céspedes (1834-1900), expone dentro de su trama buena parte del proceso de abortamiento por las autoridades españolas de la conspiración independentista “Rayos y Soles de Bolívar” en la Isla, en 1823.

del ciclo revolucionario que a nivel mundial, se inauguró a fines del siglo XVIII, bajo el influjo de las concepciones antifeudales de la burguesía europea. A pesar de esto, las repercusiones y consecuencias de las transiciones a sociedades burguesas en Europa no condujeron a idénticos estatus históricos para las sociedades latinoamericanas.⁷

Desde el comienzo de la Revolución Haitiana en 1791 hasta el Congreso de Panamá (1826) y la muerte de Simón Bolívar, en 1830, transcurrió el ciclo general independentista de Hispanoamérica. Bajo la influencia de las ideas de la Ilustración, el lapso liberador—que formó pequeños embriones de sentimientos nacionales— proyectó y desarrolló una ruptura con la metrópoli española y “las trabas al avance capitalista”.⁸ Durante la primera fase bélica de 1808-1815, en los principales teatros de conflictos latinoamericanos la lucha se vio lastrada por la conducción oligárquica, que pretendía romper la tutela española sin afectar la tradicional estructura socioeconómica. La dirección de las capas privilegiadas y criollas trajo por consecuencia el predominio de fuerzas de clase terratenientes y grandes propietarios en general: “[...] Para este sector aristocrático, puesto a la cabeza de la lucha, la independencia era concebida como una especie de conflicto en dos frentes: «hacia arriba» contra la metrópoli y «hacia abajo» para impedir las reivindicaciones populares y cualquier alteración del statu quo [...]”⁹

Puede comprenderse entonces cómo para estas oligarquías la meta fundamental fue la expulsión española y la toma del poder político sin sufrir una pérdida hegemónica. Proyectaron un cambio social con límites, donde el orden deseado continuase una reproducción cultural que no trastocara en nada su dominación. Incluso, no pretendieron destruir las redes de funcionarios reproductores del viejo orden, sino desplazar a los antiguos propietarios y miembros para apropiarse de ellas.

En el período de 1816 a 1826-1830 transcurrió la segunda fase del ciclo emancipador. Durante estos años el enfrentamiento militar se inclinó paulatinamente

⁷ Sobre las particularidades de los procesos latinoamericanos de transición al capitalismo y de modo especial en Centroamérica y sus dinámicas conceptuales en el lenguaje político en la primera mitad del XIX, véase uno de los más recientes estudios, Dym, Jordana y Salid Alfredo Herrero (coordinadores). *Centroamérica durante las revoluciones atlánticas: el vocabulario político 1750-1850*. San Salvador, IEESFORD Editores, 2014.

⁸ Sergio Guerra Vilaboy. *Breve historia de América Latina*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2006, p. 85.

⁹ Sergio Guerra Vilaboy. *El dilema de la independencia*. La Habana, Editorial Félix Varela, 2003 p. 39.

a favor de las fuerzas libertadoras del subcontinente con Simón Bolívar al frente, quien devino la figura más importante de la gesta. No quiere decir esto que las oligarquías y aristocracias dejaron de imprimirle al proceso un factor subjetivo favorable, en lo absoluto. Ejemplo de ello fue el Plan de Iguala (24 de febrero de 1821). Con treinta y tres artículos, el Plan constituyó una plataforma conservadora de las clases dominantes en México en plenos avatares revolucionarios. A pesar de sus contenidos positivos con respecto a la independencia de España, el Plan simboliza una de las mejores estrategias para alcanzar la hegemonía de un grupo o clase dominante en la cresta del movimiento revolucionario: la legitimación jurídica, a través de un sistema de leyes, de la toma del poder político. En ella, a la par de la expulsión de la burocracia y funcionarios metropolitanos, también se desplazan a los sectores populares para capitalizar el poder y estructurar una dominación asentada en la relación binaria dominador-dominado.

Las proyecciones de una modernidad burguesa matizaron éstas y otras estrategias de poder de las oligarquías y aristocracias. Aunque la inexistencia de una burguesía en la región deformó el proceso de transición al capitalismo a la usanza europea. Una vez derrotadas las fuerzas realistas, el 7 de diciembre de 1824 en Ayacucho, los planes bolivarianos de una integración continental no concluyeron. Pero fracasaron en el Congreso de Panamá (1826) ante las abiertas oposiciones de Inglaterra y Estados Unidos.

Por ésta y otras importantes causas expuestas anteriormente, Cuba y Puerto Rico continuaron casi setenta años más bajo la dependencia española desfasándose del ciclo liberador americano. Al finalizar la segunda fase terminaba el ciclo independentista, pero las metas políticas de los sectores populares no llegaron consumarse del todo ni dieron paso a profundas transformaciones sociales y estructurales del subcontinente.

Puede afirmarse entonces que las fuerzas y clases dominantes pretendieron y obtuvieron la independencia política de la antigua metrópoli española, pero sin alterar ostensiblemente las estructuras sociales. La transición capitalista quedó mutilada ante la continuidad de la vieja estructura socioeconómica en la nueva situación postindependencia. Los nuevos propietarios del poder político no pudieron llevar adelante verdaderas revoluciones burguesas, si entendemos por ellas el desplazamiento radical de esquemas sociales precedentes en aras de una implantación arrolladora de un modelo capitalista con los más desarrollados referentes, es decir, los europeos. No obstante, es posible detectar algunas

tendencias y situaciones de evolución capitalista en el proceso emancipador concluido.

Finalizado el movimiento independentista por aquellos años, comenzó la formación de los Estados nacionales en los territorios de América del Sur redimidos de la subordinación jurídica española y portuguesa. Fue un “complejo proceso de formación de la conciencia y el Estado nacional”¹⁰, que sintetizó buena parte de la historia de América Latina hasta casi finalizar el siglo XIX manteniendo las relaciones precapitalistas y sin dar pasos consistentes hacia una estructuración burguesa definida.

Esta realidad de los primeros años de la independencia política posibilitó que las fuerzas conservadoras (terratenientes) adquiriesen un notable predominio. Así, junto a la iglesia católica en previas alianzas con los antiguos caudillos de la independencia, los terratenientes alcanzaron el poder político. Ya en el poder, los conservadores poco removieron las estructuras precapitalistas. Pero las clases y grupos sociales, fuera del poder político y partidarios de una vertiginosa introducción del capitalismo, comenzaron a presionar.

A comienzos de la década del 40 ya se podían definir en América Latina dos fuerzas sociopolíticas que se disputaban el poder político: los conservadores (partidarios de prolongar el viejo orden) y los llamados liberales (promotores de un modo capitalista de desarrollo a través de las conocidas reformas liberales). El estallido del conflicto entre conservadores y liberales demoró poco. Los enfrentamientos o guerras entre ambos conformaron el denominado período de las reformas liberales, iniciado desde 1849 hasta el fin del siglo. Dicha etapa reformista-liberal puede ser vista como un segundo ciclo continental por la inserción en las estructuras del capitalismo mundial. Dentro de este nuevo ciclo, las llamadas revoluciones liberales tuvieron entre sus objetivos la transformación de las viejas estructuras socioeconómicas y el impulso del capitalismo como premisa para la creación de los Estados modernos en la región a partir de reformas —casi siempre concebidas «desde arriba»— que, no obstante, le dieron un cierto sentido integrador al subcontinente.

La concreción de las reformas permitió el ascenso de las jóvenes burguesías latinoamericanas. Los procesos de reformas más sobresalientes fueron: Colombia (1849-1854); 1861-1864); México (1854-1867); Venezuela (1859; 1870-

¹⁰ Sergio Guerra Vilaboy. *Breve historia de América Latina*, p. 129.

1888); en Centroamérica (Guatemala, 1871; Nicaragua, 1893); Ecuador (1883-1895). De manera general las reformas consiguieron una definición de las fronteras estatales, el avance en la formación de los mercados nacionales, un aumento del papel del Estado en la formación de las sociedades y la naciones bajo los patrones europeos de dominación; es decir, aristocracia blanca como clase dominante, el catolicismo como religión oficial del Estado y aspiraciones de implantar un modelo cultural europeo a pesar del espacio obtenido por las culturas autóctonas de cada país.

Sin embargo, las reformas liberales no pudieron empujar a América Latina hacia la consolidación definitiva del capitalismo. La falta de tratamiento al problema agrario, la incapacidad industrial y tecnológica de los bisoños Estados y la escasez de capitales nacionales remarcaron la estructuración de un capitalismo deformado, controlados por capitales extranjeros. A pesar de ello, la asunción de un modelo hegemónico que refrendó el control social y el poder político contentó a las estrenadas burguesías nacionales. Por esta razón, dicha clase continuó cercenando desde finales del siglo XIX y buena parte del XX los intentos de transformaciones sociales y estructurales que significasen la pérdida de su estatus hegemónico.

Las disputas entre los capitales extranjeros (inglés y norteamericano, fundamentalmente) por los mercados y materias primas latinoamericanas dispararon nuevos conflictos bélicos. Los capitales se ocultaron detrás de las clases dominantes de la región para enmascarar sus intereses. La Guerra de la Triple Alianza (1864-1870) y la del Pacífico (1879-1883) constituyen acabados ejemplos del fenómeno. El capital inglés logró mantener un predominio regional hasta finalizar el siglo XIX e inicios del XX, pero poco a poco los capitales norteamericanos desplazaron al europeo desde el mismo final de la centuria hasta imponer a Estados Unidos como potencia hegemónica en América Latina para las primeras décadas del XX. Un tercer y último ciclo por la transición e inserción al capitalismo en América Latina se desarrolló desde el comienzo del siglo XX con la Revolución Mexicana de 1910 hasta la crisis general del capitalismo de 1929-1930.

Nacionalidad y nación en Cuba: diferencias y afinidades con la estela latinoamericana.

Al comenzar la segunda mitad del siglo XIX la generalidad de los territorios países y territorios latinoamericanos se adentraron en el ciclo formador de sus Estados nacionales. Sin embargo, Cuba se encontraba alejada de tal aconteci-

miento. De modo propio inició su ciclo independentista entre 1868 y 1898. Tuvo tres momentos esenciales conocidos como la Guerra de 1868, la Guerra Chiquita de 1879 y la Guerra Necesaria de 1895. José Martí fue el artífice y organizador mayor de la última.

Pero, a diferencia del curso liberador americano de la primera mitad, el contexto interno en la Isla y el externo en la región eran diferentes; por lo que al comenzar las guerras anticoloniales cubanas ya existía previamente una fuerte conciencia y sentimientos nacionales, algo que no fue mayormente igual cuando América Latina vivenció su desafío liberador entre 1810 y 1824. El cubano y su nacionalidad, es decir la cubanidad, estaban ya delineados de modo global antes del inicio de la búsqueda y formación de la nación en 1868.

La novela de mayor renombre del siglo XIX cubano, *Cecilia Valdés*, de Cirilo Villaverde, ubica su trama en 1829.¹¹ Para ese momento el término cubano ya identifica desde años atrás a los habitantes nacidos en la Isla a través de sus costumbres, hábitos, tradiciones, mezclas raciales y religiosas además de proyecciones de simientes nacionalistas frente a la administración española. En la música desde esa misma década se compusieron contradanzas cantadas llamadas habaneras. El compositor Manuel Saumel ya crea en la década de 1840 una contrazanda que califica de “cubana” y que ha sido tomada por la historia cultural cubana como el inicio del nacionalismo musical cubano.¹² En estas primeras definiciones conceptuales de la nacionalidad cubana no puede dejar de mencionarse la figura del intelectual reformista José Antonio Saco (1797-1879), quien fue el primero en la Isla en definir la nacionalidad cubana casi veinticinco años antes del inicio de la independencia armada. Si bien ésta estuvo matizada por sus intereses de clases, el valor histórico es enorme ya que desde finales de los años treinta publicó varios trabajos donde explicó la existencia irreversible del cubano antes de la existencia formal de la nación.

No obstante, el uso de término cubano se remonta a finales del siglo XVIII. Cuando La Habana fue tomada por los ingleses en 1762 ya aparecieron documentos que se referían a los cubanos para designar a los hijos de los primeros criollos nacidos allí.

¹¹ Villaverde, Cirilo. *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel*. La Habana, Ediciones Huracán, 1972. Aunque tuvo una versión primitiva en 1839, su publicación príncipe y definitiva data de 1882. Está considerada la mayor obra literaria de Cuba en el siglo XIX.

¹² Lapique, Zoila. *Cuba colonial. Música, compositores e intérpretes, 1570-1902* La Habana, Ediciones Boloña, 2007.

Otra particularidad con respecto a Centroamérica y el resto del continente fue que en el momento de ocurrencia del ciclo liberador cubano en el mundo existía un capitalismo mucho más extendido y consolidado que cuando se inició el latinoamericano. Incluso, se estaba produciendo el nacimiento de la etapa imperialista como parte de la sofisticación del sistema capitalista mundial. Lo anterior permitió que todas las aspiraciones de los independentistas cubanos no fueran iguales a la de los latinoamericanos del inicio del siglo; tampoco los desenlaces que se produjeron en 1898.

Desde el punto de vista sociocultural una diferencia notable fue la fuerte integración racial de la población cubana antes de 1868, que continuó profundizándose hasta finalizar el siglo y que estuvo catalizada por las guerras citadas. La notable escasez de población aborigen casi doscientos años antes de la ruptura independentista (desde mediados del siglo XVII), las mentalidades de los colonizadores y los hacendados azucareros sobre este asunto, las características de funcionamiento de la plantación esclavista, los movimientos migratorios del siglo XIX y las complejas realidades sociales de los diferentes conflictos de la segunda mitad del siglo, posibilitaron esta ahondada integración al punto que sus componentes culturales se diluyeron progresivamente para dar paso a una asentada cultura nacional desde la propia centuria decimonónica. De allí la tremenda dificultad para hablar comunidades o etnias raciales en Cuba desde ese entonces.¹³

Entre 1791 y 1840 arribaron a Cuba alrededor de 30,000 franceses, unos 500 irlandeses; entre 1847 y 1878, 150,000 asiáticos; de 1878 y 1895, cerca de 10,000 yucatecos; a lo largo del siglo más 90,000 españoles, sin dejar de sumar cerca de un millón de negros africanos entre 1510-1873.¹⁴ También emigraron a los Estados Unidos entre 1869 y 1898 unos 40,000 cubanos. Estos flujos mezcladores, pocos vistos en la Centroamérica de la época, condicionaron una hibridación cultural muy particular en la Isla. Países como Panamá vivenciaron estos flujos muchos años después durante el siguiente siglo; por ejemplo, entre 1903 y 1914, al construirse el Canal interoceánico, recibieron grandes cantidades de trabajadores emigrantes caribeños, casi 30,000, y de otros puntos de la geografía universal. Otros países de la región vieron aumentar sus poblaciones e inmigraciones con el ascenso de los capitales y compañías norteamericanas desde fines de ese siglo.

¹³ Sobre los componentes étnicos de Cuba, véase. Guanche, Jesús. *Los componentes étnicos de la nación cubana*. La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 1996.

¹⁴ Ídem.

Al concluir la centuria ya existía una cultura nacional cubana a partir de fuerte mezclas; mientras que el Centroamérica y buena parte de la América Latina la formación de los Estados nacionales y sus respectivas dinámicas se enrumbaron hacia la creación de multiculturalidades nacionales. La convivencia y diversidad de culturas ancestrales y colonizadoras no fue precisamente la nota distintiva de la formación nacional cubana. Cultura nacional transculturada (en Cuba) y naciones multiculturales (en la mayoría de América Latina) parecen ser dos términos que pueden ofrecer un camino para explicar e identificar los procesos de formación nacional de Cuba y el resto del continente. Quizás ambos también motiven interesantes discusiones y debates al respecto.

Si bien tomamos algunos caminos paralelos o singulares para la formación de nuestros Estados nacionales desde el siglo XIX, no es menos cierto también que nos une una historia común repleta de afinidades históricas: semejantes procesos de colonización, igual procedencia europea y peninsular de los colonizadores, un sistema de esclavitud sobre el negro africano o el indígena nativo, similares designaciones periféricas en el desarrollo del capitalismo mundial, un idioma común desde un mismo referente cultural metropolitano.

Como resultante de lo anterior compartimos hoy diversas y ricas mezclas culturales que engendraron fenómenos muy parecidos en nuestras culturas materiales y cotidianas, como el pinto costarricense y el congrí cubano, el guacamol nicaragüense con el tamal isleño. Estas y otras similitudes nos hicieron paradójicamente diferentes, dando paso a una comunidad histórica y cultural regional, productora de una impresionante multiculturalidad que es precisamente la base de nuestra fortaleza histórica.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ PITALUGA, Antonio. *Revolución, hegemonía y poder*. Cuba 1895-1898. La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 2012.
- ÁLVAREZ PITALUGA, Antonio y BARBOZA NÚÑEZ, Esteban (coordinadores). *Costa Rica en Antonio Maceo*. Costa Rica, San José, editorial Arlequín, 2016.
- ARMAS y CÉSPEDES, José de. *Frasquito*. La Habana, Ediciones Huracán, 1976.
- DYM, Jordana y Salid Alfredo HERRERO, (coordinadores). *Centroamérica durante las revoluciones atlánticas: el vocabulario político 1750-1850*. San Salvador, IIESFORD Editores, 2014.
- GUANCHE, Jesús. *Los componentes étnicos de la nación cubana*. La Habana, Fundación Fernando Ortiz, 1996.
- GUERRA VILABOY, Sergio. *Breve historia de América Latina*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2006.

- _____. *El dilema de la independencia*. La Habana, Editorial Félix Varela, 2003.
- LAPIQUE, Zoila. *Cuba colonial. Música, compositores e intérpretes, 1570-1902*. La Habana, Ediciones Boloña, 2007.
- _____. *Nueva historia mínima de América Latina. Biografía de un continente*. República Dominicana, Archivo General de la Nación, 2015.
- MORENO FRAGINALS, Manuel. *El ingenio. Complejo económico social cubano del azúcar*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, 3 t.
- PICHARDO, Hortensia. *Documentos para la historia de Cuba*. La Habana, Editorial Pueblo y Educación, 1984, tomo I.
- TEJEIRA DAVIS, Eduardo. “Los orígenes de la ciudad de Colón”. Panamá, Revista *Canto Rodado*, no. 6, 2011, pp. 33-73.
- VILLAVARDE, Cirilo. *Cecilia Valdés o la Loma del Ángel*. La Habana, Ediciones Huracán, 1972.